

Defecto de espejo

CÉSAR ANTONIO MOLINA

La novela gallega de los últimos tiempos se mueve pendularmente entre el falso esplendor, el excesivo chovinismo y, sobre todo, la incontinencia.

Antón Risco (1926), publica su primera obra narrativa en gallego. En realidad, más que una novela, es un libro donde se mezclan lo autobiográfico, el diario viajero, el artículo, etcétera.

Ferrín es la personalidad más destacada y controvertida, en la actualidad, de la cultura gallega. *Arnoia, Arnoia* (Ediciones Xerais, 1986), su publicación anterior, contenía ocho magníficos relatos. Sin embargo, ahora el resultado de *Bretaña, Esmeraldina* es decepcionante. Ferrín, demuestra con esta obra desconocer las bases elementales de la novela. La superposición de planos, tiempos, espacios, historias, etcétera, puede hacerse siempre que se

tenga un dominio del conjunto.

Carlos Casares (1941) consigue con *Os mortos daquel verán* una novela que se ajusta milimétricamente a sus intenciones: contar asépticamente un suceso sangriento de la guerra civil. Casares, rehaciendo con bastante acierto la técnica perspectivista, reescribe esos 10 informes que un funcionario judicial envía a sus superiores.

Longo voo de páxaro es la segunda novela de Fermín Bouza (1946). *Memoria do díaño* (1980) fue la primera incursión. Su autor parte de la pretensión de aplicar algunos de los recursos estéticos y técnicos de la contracultura. El resultado es muy interesante y original.

Lois Diéguez, en *A canción do vagamundo*, estudia la sociedad gallega a través de una saga familiar que abarca las últimas décadas. Es una novela desigual, aunque nada pretenciosa.